

Castrillón Aldana, Alberto, *Alejandro de Humboldt, del catálogo al paisaje*, Colección *Clío*, Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2000, 215 pp.

Hasta finales del siglo XVIII el problema de la representación de la naturaleza se resumía en el inventario. Descripciones de cronistas, gabinetes de curiosidades y muestras de viajeros poblaban el imaginario de los pueblos europeos. Con el descubrimiento de América y con la revolución copernicana la tierra tenía un nuevo orden en la mente de los hombres, pero la distribución de los seres vivos seguía una lógica de fragmentación, acorde con la creación divina. El Todopoderoso había dispuesto la repartición de sus criaturas de acuerdo con una economía de la naturaleza que no aceptaba variación. Cuando Michel Foucault dice en *Las palabras y las cosas* que no es posible hacer historias de la biología en el siglo XVIII, pues no existía la vida, sino los seres vivientes, señala menos un hecho histórico, que la condición cultural de todo aquello que llama-

mos naturaleza. De allí que su conocimiento sobre las formas de la representación conocidas en Occidente. El saber sobre la naturaleza no puede gozar más que de una virtualidad, quedando sometido a los rigores de todo proyecto político.

El libro del historiador Castrillón hace visible cómo el catálogo, en cuanto representación jerarquizada, es el nivel denotativo en el cual se apoya Humboldt para construir los cuadros de la naturaleza, integrados en una geografía de las plantas. Concepto fundamental desarrollado por el naturalista prusiano a partir de la comparación hecha entre las observaciones realizadas en suelos americanos con sus conocimientos acerca de Europa. Si la taxonomía se sirve de la morfología para clasificar los especímenes, la geografía de las plantas, al contrario, busca asociarlos con variables es-

téticas, climáticas, topográficas, de presión atmosférica, de luminosidad, etc.

Esta nueva manera de representación horizontal exige una disposición en perspectiva de los elementos relacionados. El paisaje emerge, entonces, como posibilidad, a la vez estética y científica, de presentar la naturaleza. La sensibilidad entra a jugar un papel importante en la construcción de dichos cuadros, toda vez que la dinámica de los vegetales produce infinidad de formas vueltas hacia el exterior. Contornos, estructuras, colores y formas delatan más la influencia del medio exterior en la configuración de las plantas, que la pertenencia a grupos cuya única relación sería morfológica. La idea de los seres vivientes como acogidos por cada suelo, en una distribución original, comienza a ceder terreno ante la posibilidad de entenderlos como expresión de una serie de condiciones que pueden ser definidas racionalmente. La diversidad vegetal es la manifestación viva de esas variables materiales.

La naturaleza comienza a ser pensada a partir de una fisonomía que produce en el sujeto sensible modificaciones de índole moral. No obstante, dicha sensibilidad no es un *a priori* en el hombre, al contrario, es el producto de la exposición

continua a la experiencia. Cuando Humboldt modifica el régimen de luz para observar su efecto sobre el crecimiento de las plantas, no trata de corroborar sobre el terreno alguna teoría preconcebida, al contrario, está haciendo verdadera experimentación científica. Por tal motivo el viaje se convierte en condición *sine qua non* al momento de pretender un conocimiento adecuado de la naturaleza, ya que el viajero experimenta en su desplazamiento, por medio de la comparación, las diferencias observadas en distintas partes del globo. Sentir es poder permanecer atento a las situaciones sobre las cuales se tiene algún interés.

El objetivo principal del libro del profesor Castrillón, expresado desde la introducción misma, es el de hacer visible las condiciones que permitieron la emergencia de la dicotomía fragmento-asociación, así como su expresión iconográfica e iconológica. El análisis detallado de las expediciones desarrolladas en la segunda mitad del siglo XVIII, especialmente los viajes del capitán Cook y de Humboldt a América, le permite al autor sostener la tesis principal, a saber, que un cambio en las políticas de colonización durante esta época posibilitaría a los exploradores pasar de ser conquistadores y corsarios a ser sabios na-

turalistas. El trato con las comunidades originarias exigía su preservación al momento de hacer una explotación regulada de los recursos. En adelante, no será posible desprestigiar ninguno de los elementos que conforman el paisaje. Y si bien el Otro será gobernado y sometido socavando sus hábitos, alterando la disposición espacial, y expropiando la lengua vernacular, sirve al mismo tiempo como punto de contraste y medida de las costumbres y moral europeas. En este contexto, el *Suplemento al viaje de Bouganville* de Diderot es un claro ejemplo del tipo de controversias que suscitan en su época las costumbres de las sociedades originarias. Diderot culpabiliza a Occidente por haber introducido sentimientos de culpa y temor en los tahitianos, quienes antes de la llegada de los europeos gozaban de una relación con su cuerpo mucho más tranquila, inspirada en los principios de la procreación y el placer.

Tanto Diderot como Humboldt poseían la intuición necesaria para percibir la fuerza creadora de la vida, alejándose de la tradición naturalista imperante durante el antiguo régimen: clasificación, distribución de las plantas y equilibrio natural. En ambos se manifiesta la importancia atribuida a la experiencia sensible en el proceso de conocimien-

to, haciendo jugar al hombre un papel mucho más activo, con una participación mucho más directa, integrado con sus pasiones y sus emociones en la producción conceptual. Sin embargo, esta ecuación se invertirá completamente a lo largo del siglo XIX con el surgimiento de las ciencias positivas y con su creciente matematización.

De otro lado, la coherencia de la presente investigación, reflejo de un exhaustivo análisis de las fuentes, permite al autor esclarecer la disputa entre Caldas y Humboldt; para mostrar que el nivel epistemológico en el cual se movían ambos era tan diferente, que su distanciamiento no se produjo a raíz de una controversia, pues las condiciones no permitían siquiera que ésta se diera. Lo importante del incidente, más allá de las repercusiones en el desarrollo científico de nuestro país, radica en el hecho de mostrar hasta qué punto las posiciones personales no se desligan del trabajo académico e intelectual.

De igual manera, el libro señala las líneas de tensión establecidas con otros naturalistas de la época. Humboldt, al lado de Aimé Bonpland, no ordenaba sus piezas de acuerdo a la clasificación linneana, en clases y órdenes, más bien establecía "familias naturales" asociadas a partir de los pisos definidos en la

montaña. Humboldt estaba sentando las bases para la formación de uno de los conceptos más importantes de la ecología moderna: el concepto de "zonas de vida". Se exigía, entonces, una geografía de las plantas y no únicamente un saber sobre su distribución geográfica en el planeta.

Será Bernardin de Saint-Pierre quien comience a hablar de cuadros de la naturaleza y de geografía de las plantas, pero con Humboldt tales conceptos sufrirán una gran ampliación. La presente investigación muestra que la noción de paisaje, si bien continúa privilegiando el análisis fisionómico, es, ante todo, una organización del espacio a partir de criterios estéticos, que incluyen al hombre como elemento definitivo al momento de pensar las variaciones y similitudes entre las distintas regiones del globo: "El no-aislamiento de la naturaleza, la constitución del hombre como parte integrante de los trabajos científicos y la comprensión diferente de los procesos de conocimiento son características que determinan el enfoque de Humboldt hacia el estudio de la naturaleza. El sujeto ya no se encuentra aislado del objeto que conoce sino que comienza a crear las condiciones de su propia explicación,

integrándose al análisis de la naturaleza" (p. 68). Con *La crítica de la razón pura* de Kant los sentidos son asumidos como la condición de posibilidad del conocimiento, y una vía para la estética se abre en el plano científico. Humboldt supo entender la importancia de las sensaciones en las modificaciones sufridas por el sujeto, así como las alteraciones y objetivaciones que, como resultado, se despliegan sobre los fenómenos naturales.

Para nosotros, habitantes de la cintura tropical, la dimensión política de la presente investigación no debe pasar inadvertida. Ella es un aporte invaluable en la comprensión histórica de nuestra posición geopolítica actual y del tipo de ordenamiento territorial que se baraja en el plano internacional. La lectura de esta obra nos sensibiliza frente a la incidencia que podemos tener como sujetos activos en el devenir de una parte de este planeta que cada vez más despierta intereses y conflictos.

**Jorge William Montoya
Santamaría.**

Candidato a Doctor en Historia de las Ciencias. Universidad París VII.